# Poner el cuerpo en relato: reflexiones en torno a la literatura testimonial de la guerra de Malvinas

**Exequiel Svetliza**
**IILAC – CONICE**

## EXTRACTO:

*Tras la finalización del conflicto bélico de 1982 entre Argentina e Inglaterra por la soberanía de las islas Malvinas, surgió en el país un prolífico corpus de relatos testimoniales a través de los cuales los protagonistas de la guerra buscaron poner en relato su experiencia bélica. Desde entonces hasta hoy, detectamos en Argentina una larga tradición testimonial de Malvinas que atraviesa distintos géneros: biografías, autobiografías, crónicas, testimonios periodísticos y también antropológicos. En esos relatos, los combatientes no solo aspiran a la representación del complejo referente bélico, sino que también postulan a la narración de sus experiencias como terreno simbólico de una disputa identitaria. Algunas de esas versiones testimoniales de la guerra han tendido a popularizarse y arrojar una representación estereotipada de los soldados, a quienes se ha configurado como jóvenes víctimas de la dictadura militar. Otras versiones van a confrontar abiertamente con esos relatos proponiendo narraciones donde se destacan las aptitudes bélicas de los protagonistas. Este trabajo se propone revisar las características generales de ese corpus y analizar una obra que se aleja de las versiones canonizadas de la guerra para configurar una representación alternativa de ese episodio histórico: 5000 adioses a Puerto Argentino (Daniel Terzano 1985).*

> *La guerra y sus protagonistas oscilan entre dos extremos inaccesibles a la discusión: el limbo de las víctimas, o el Panteón atemporal de los héroes y mártires de la patria.*
> Federico Lorenz

A 36 años de la guerra de Malvinas, sin dudas uno de los episodios más traumáticos de la historia argentina reciente, podemos dar cuenta de un prolífico corpus de relatos testimoniales donde los protagonistas recuperan la experiencia bélica. Esas historias de guerra atraviesan distintos géneros narrativos como la autobiografía, la biografía, el diario, la crónica, el testimonio periodístico y etnográfico, entre otros. A su vez, con el tiempo, se fueron incorporando las voces silenciadas de muchos actores que en el comienzo de la posguerra no fueron tenidos en cuenta, como por ejemplo las mujeres que participaron del conflicto como instrumentadoras quirúrgicas y enfermeras; testimonios que han sido reunidos en el libro *Mujeres invisibles* (Alicia Panero 2014). También los relatos de un grupo de rabinos que brindaron contención espiritual a los

soldados en aquellos días de 1982 incluidos en la investigación periodística de Hernán Dobry (2012) *Los rabinos de Malvinas*. Se trata entonces de un corpus textual vasto y diverso que, más allá de las particularidades genéricas, abordamos en un sentido amplio partiendo de la caracterización que brinda Paul Ricoeur (2004) de la narrativa testimonial como "un relato autobiográficamente certificado de un acontecimiento pasado, se realice este relato en circunstancias formales o informales" (210). Estamos ante una tradición narrativa que comenzó a formarse apenas unos días después de que las tropas argentinas firmaran la rendición, cuando los soldados regresaron al continente.

Entre esos relatos inaugurales, se destacó la obra del periodista Daniel Kon *Los chicos de la guerra* (1984), que recopila las entrevistas realizadas a ocho jóvenes conscriptos recién llegados de las islas. El libro, del cual se hicieron trece ediciones en dos años, se popularizó aún más en su adaptación cinematográfica con la película del mismo nombre dirigida por Bebe Kamin.[1] La obra de Kon se constituye así en la primera versión de la guerra contada por sus protagonistas civiles, es decir, los jóvenes conscriptos que participaron del conflicto bélico como parte del servicio militar obligatorio.[2] El texto excluye las voces de los oficiales y militares de carrera para concentrarse en esos "chicos" que se vieron obligados a participar de una guerra, en algunos casos, con pocos meses de instrucción militar.[3]

Los testimonios describen las condiciones particulares de la guerra de Malvinas y configuran lugares comunes en la narración: el frío, el hambre, el miedo, la crueldad de

[1] *Los chicos de la guerra* fue la segunda película nacional más vista en los cines del país en 1984, el año de su estreno. Además, fue una de las primeras obras del cine argentino que plantea una crítica explícita a la última dictadura militar. La película de Bebe Kamin se exhibió en los cines un año antes que *La historia oficial* (1985, dirigida por Luis Puenzo) y con dos años de anticipación respecto a *La noche de los lápices* (1986, dirigida por Héctor Olivera), los films más emblemáticos entre los que abordaron el tema del terrorismo de Estado en la primera etapa del retorno de la democracia. Conviene recordar que *La historia oficial* fue la primera película argentina que obtuvo un premio Oscar como mejor película extranjera.

[2] Ese mismo año, meses después, se publicó otro libro testimonial de soldados de la guerra de Malvinas: *Así lucharon* (Carlos Túrolo 1982). También durante ese año se publicó: *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas* (Dalmiro Bustos 1982). Bustos es psicólogo y padre de un conscripto que combatió en Malvinas, su obra testimonial cuenta la experiencia de la guerra desde la perspectiva de los padres de los jóvenes soldados que fueron a las islas.

[3] La mayor parte de los soldados conscriptos que participaron de la guerra de Malvinas habían nacido en los años 1962 y 1963. Al momento de producirse la recuperación de las islas, los soldados de la clase 62 ya habían sido dados de baja del servicio militar obligatorio y fueron convocados de nuevo para ir a las islas, mientras que los integrantes de la clase 63 recién se habían incorporado a la conscripción, es decir que participaron de la guerra con aproximadamente 18 años, siendo todavía reclutas y sin haber cumplido con su instrucción.

los gurkhas,[4] la impericia y falta de organización del ejército argentino, la necesidad de robar comida o cazar ovejas para poder alimentarse y los castigos a los que eran sometidos por algunos de sus propios oficiales. Esto contribuyó a la victimización de los soldados y a la conformación de un relato de la posguerra que asoció el desarrollo del conflicto bélico con el accionar de las Fuerzas Armadas durante el terrorismo de Estado. A su vez, se trató de un discurso que impuso un tono marcadamente trágico a la narración de los acontecimientos vividos. No solo por ser esta una versión de la derrota militar donde se repetían las escenas de amigos y compañeros muertos, mutilados o heridos en el campo de batalla; sino porque era una narración que dejaba de lado las acciones de heroísmo bélico para concentrarse en los distintos padecimientos que habían sufrido los jóvenes conscriptos a partir de las condiciones impuestas por esa guerra.

Esos primeros testimonios reunidos por Kon asumieron un tono de denuncia, ya que venían a revelar una guerra muy distinta de aquella que los argentinos habían conocido a través de los comunicados oficiales de las Fuerzas Armadas y de los medios masivos de comunicación que, en su afán de generar un clima triunfalista en la población, habían ocultado o directamente tergiversado muchos de los sucesos bélicos y la información acerca de cuáles habían sido las condiciones reales de combate.[5] Si bien los testimonios no cumplieron con una función jurídica (recién muchos años después de la guerra se hicieron presentaciones judiciales colectivas de los soldados pidiendo que se tipificaran los casos de maltratos y torturas de sus superiores como delitos de lesa humanidad, cosa que todavía no se ha logrado), sí se constituyeron en auténticos contrarrelatos en la primera etapa de la posguerra, cumpliendo así con una de las características que definen a la narrativa testimonial según explica Rossana Nofal (2002):

> La escritura testimonial, reconstruye una historia olvidada por los discursos oficiales; recoge la voz de los acontecimientos que ha sido marginada del espacio letrado por pertenecer al ámbito de las prácticas discursivas orales. Se opone al discurso épico de la historia oficial, escrita por los vencedores y los grupos dominantes. Por esta característica, la escritura testimonial se propone como un contradiscurso articulado en la polémica (27).

[4] Los llamados gurkhas son combatientes nepaleses que integran unidades especiales al servicio de las fuerzas armadas británicas. Durante la guerra de Malvinas se los ha representado como guerreros brutales que degollaban a sus víctimas en el campo de batalla.

[5] Respecto del rol que cumplieron los relatos mediáticos durante el desarrollo de la guerra puede consultarse la investigación *Malvinas: el gran relato* (Escudero 1996).

Aun cuando se trate de relatos que impusieron y sedimentaron con el tiempo la representación estereotipada de los ex combatientes como "menores" y "víctimas" de la dictadura militar que condujo la guerra, mucho tiempo después se continuaron produciendo testimonios que retomaron el tono de la obra de Kon, como es el caso de la autobiografía del soldado Edgardo Esteban (2012) *Iluminados por el fuego. Malvinas: diario del regreso*; libro que también fue llevado con éxito al cine.[6]

Así como resulta evidente la carencia de epicidad de estos relatos de Malvinas que fueron los que más se popularizaron,[7] hay una zona del corpus testimonial que recupera la épica militarista y confronta dialógicamente con ellos. Se trata de obras testimoniales producidas en la mayoría de los casos por oficiales de las Fuerzas Armadas que apelan a una representación heroica en la que se rememoran operaciones militares y circunstancias particulares de los combates en las islas. Algunas de estas narraciones han sido reunidas dentro del marco institucional de las Fuerzas Armadas, como es el caso de los testimonios compilados por el coronel Martín Antonio Balza (1986) en *Malvinas: relatos de soldados.*[8] Otras asumen un formato autobiográfico donde los oficiales relatan su propia experiencia bélica, como lo hacen el capitán Pablo Marcos Carballo (*Dios y los halcones*, 1983), respecto a los combates aéreos; y el Teniente Coronel Mohamed Alí Seineldín (*Malvinas un sentimiento*, 1999), con relación a las acciones desarrolladas por su regimiento en las islas. Dentro de este segmento del corpus testimonial, podemos ubicar también a las historias recogidas por el periodista Nicolás Kasanzew (2012), quien fue enviado especial de la televisión pública durante la guerra de Malvinas.

Sin adentrarnos de manera minuciosa en las particularidades de las obras que integran esta zona del corpus testimonial, podemos describir una serie de rasgos generales propios de esta narrativa:

- La representación gravita en torno a episodios bélicos y asume un tono épico donde el conflicto se presenta como una gesta patriótica, los soldados como héroes y los caídos como mártires de la causa.

[6] La película *Iluminados por el fuego*, dirigida por Tristán Bauer, se estrenó en el año 2005.
[7] La ausencia de componentes épicos que exalten las virtudes guerreras de los protagonistas en el relato de la guerra ha sido destacada por la mayoría de los investigadores que han analizado la narrativa ficcional de Malvinas. Es el caso de los trabajos de Beatriz Sarlo (1994), Martín Kohan (1999), Julieta Vitullo (2012) y María Lara Segade (2014).
[8] De los 25 relatos que conforman la obra, solo dos pertenecen a soldados conscriptos.

- Hay una fuerte presencia del discurso nacionalista que la mayoría de las veces aparece también atravesado por el discurso religioso (en este sentido, predomina la idea del guerrero sacrificial que entrega su vida por Dios y la patria).
- Los oficiales se (auto)representan como líderes virtuosos y, muchas veces, asumen gestos paternalistas respecto a los soldados a su cargo; cumpliendo así de forma paradigmática con el rol del héroe, como explica Estela Erasquin (2008): "El relato mítico de los héroes cumple, en la sociedad, la función que Freud atribuyó a la 'historia familiar'. Los héroes son padres ideales, cuya imagen perdura, modificándose, a través de distintos relatos. La narración se reinventa cada vez que se cuenta" (63).

Si los relatos de la otra zona del corpus ponían énfasis en el despotismo de los oficiales hacia los conscriptos y la verticalidad de las relaciones jerárquicas en el ejército, en estas narraciones esos vínculos se muestran como horizontales: nada se cuenta acerca de castigos y estacamientos, sino que vemos a los soldados y sus jefes luchando a la par por una causa en común.

Estas zonas de la narrativa testimonial de Malvinas, parafraseando la caracterización que hace Nofal del género, se articulan polémicamente entrando muchas veces en una confrontación directa. Como se vislumbra en el caso de la crítica que hace Nicolás Kasanzew (2016) al testimonio de Edgardo Esteban, a quien acusa de haber asumido una autorrepresentación falsa:

> Edgardo Esteban es un soldado que es referente de Malvinas en nuestro país. Su película *Iluminados por el fuego* se ve en todos los colegios, sin embargo es un tipo que nunca peleó y que entró en pánico. Se negaba a hacer las guardias. Yo no voy a condenar a nadie pero él volvió al continente y escribió un libro en donde pintó como cobardes a sus camaradas, no a sí mismo. A tal punto que no se puede acercar al grupo de Artillería Aerotransportada 4 de Córdoba porque lo muelen a palos por haberlos calumniado.

Está claro que estas zonas que postulamos son apenas categorías descriptivas que nos permiten organizar el corpus de acuerdo con ciertas formas predominantes de representación, pero no son monolíticas ni impermeables, sino que entre ellas se producen constantes intercambios y mutaciones. También encontraremos una serie de obras que no resultan fácilmente clasificables ni en una ni en otra categoría, como es el caso del

testimonio que Daniel Terzano (1985) hace en *5000 adioses a Puerto Argentino*, una forma de narrativa testimonial novelada.

Así como su obra puede entenderse como una excepción dentro del corpus, también lo es su situación durante la guerra, ya que se trata de un conscripto con edad atípica. Terzano es clase 1955, mientras que la mayoría de sus compañeros pertenecían a las clases 1962 y 1963. Como había solicitado prórroga del servicio militar obligatorio para completar sus estudios de psicología, llegó a las islas siendo siete u ocho años más grande que la mayoría de esos soldados caracterizados como "chicos" en la obra de Kon. A su vez, en la contraportada se advierte que, aunque este es su primer libro publicado, cuenta con una obra literaria (iniciada a comienzos de la década del setenta) hasta entonces inédita. Esto nos habla de un narrador que, a diferencia de gran parte de los enunciadores canonizados dentro del género, pertenece al ámbito letrado. Hay en la escritura de Terzano una pulsión que va más allá del efecto reparador de la propia subjetividad que se le reconoce al género testimonial,[9] sino una preocupación por la forma de decir lo caótico, lo excepcional, lo desmesurado de la guerra.

Desde las primeras páginas, el narrador asume la excepcionalidad de la experiencia bélica, a la que relaciona con un estado de locura:

> "Alucinación", "delirio": signos de la locura… Y es que estuvimos locos, o, para ser más exactos, estuvimos en la locura. Quisiera borrar de esto todo matiz romántico (aquello que se quiere decir comúnmente en expresiones como: "toda guerra es una locura"): yo hablo aquí, estrictamente, de una situación en la que somos despojados de todo marco de referencias conocido (nuestra casa, nuestro trabajo, nuestra amistad, nuestro amor) y llevados por una fuerza extraña a una situación que se transforma así en un corte de nuestra experiencia normal, en una circunstancia absolutamente extraña a nosotros. Representado irónicamente, ese momento es tan ajeno a nuestra historia que en ella (en el presente cuando se lo vive, en el pasado cuando se lo recuerda) se transforma en una isla (15).

La locura ha sido uno de los lugares comunes que más se repite en los relatos sobre Malvinas. Por un lado, por la gravitación que tuvieron en la primera etapa de la posguerra aquellos discursos sociales que asimilaban la decisión de la recuperación militar de las

[9] En *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2007), Beatriz Sarlo ha destacado esta característica de las narraciones testimoniales: "El discurso de la memoria, convertido en testimonio, tiene la ambición de la autodefensa; quiere persuadir al interlocutor presente y asegurarse una posición en el futuro; precisamente por eso también se le atribuye un efecto reparador de la subjetividad. Es aspecto es el que subrayan las apologías del testimonio como sanación de identidades en peligro" (68).

islas con un episodio histórico irracional: durante mucho tiempo Malvinas pasó a referir a lo absurdo y, como tal, impensable. Esta operación pretendía superar rápidamente el trauma colectivo de la guerra sin detenerse a analizar, entre otros aspectos, el apoyo popular que acompañó en su momento a la decisión de la Junta Militar. A la vez que condenaba a este suceso y a sus protagonistas al ostracismo.[10] Por otro lado, más allá de un tropo narrativo recurrente, venía a dar cuenta de las secuelas psicológicas concretas que el conflicto bélico había dejado en los protagonistas como el stress postraumático, la depresión y los innumerables casos de ex combatientes suicidados.[11]

Terzano busca desarticular esos estereotipos para hacer foco en ese estado de excepción que marca para siempre la vida de los soldados. Resulta muy interesante que recurra a la metáfora de la isla para referirse a la condición de extrañamiento y de ajenidad de esa experiencia; metáfora que puede leerse como un gesto irónico respecto del discurso nacionalista de la causa y uno de sus principales axiomas: "las Malvinas son nuestras". Frente a esa lucha por lo propio que se postula desde el discurso de la nación, se narra una experiencia aislada, dislocada y, de alguna manera, también expatriada, ya que se aleja de todo lo conocido hasta entonces.

Aunque, a diferencia de otro tipo de testimonios, el relato no profundice en cuestiones estratégicas del desarrollo de la contienda, el narrador no prescinde de algunos datos técnicos respecto de las acciones militares:

[10] La antropóloga social Rosana Guber (2001) ha destacado la gravitación de este tipo de representación en la primera etapa de la posguerra: "Desde entonces, 'Malvinas' ingresó en un cono de sombra y silencio, que algunos interpretaron como 'olvido'. Dejando en un lugar subsidiario a las islas y a la demanda de soberanía, el mágico término de la unidad pasó a referir, casi exclusivamente, a la guerra de 1982, con un tono vergonzante y extremadamente crítico que parecía ubicar la temática en las mismas matrices con que solía tratarse a los enemigos políticos. Como resultado, 'Malvinas' empezó a aparecer, si aparecía, como objeto del mayor extrañamiento, enviando la única guerra argentina del siglo XX al mundo de la irracionalidad" (112).

[11] No existen estadísticas oficiales sobre el número de suicidios de ex combatientes de Malvinas desde el conflicto bélico hasta ahora. Algunas agrupaciones de ex combatientes, como es el caso del CESCEM (Centro de Ex Soldados Combatientes En Malvinas) de la provincia de Corrientes, indica que desde 1982 los suicidios de ex combatientes fueron más de 500, aunque no revela cuáles son las fuentes que sustentan esa cifra. Un informe periodístico realizado por Oliver Galak para el diario *La Nación* (28 de febrero de 2006) releva los registros de distintos centros de veteranos de Malvinas y arroja una cifra de más de 350 suicidios en la posguerra. Como señala el informe, tomando esta cifra como válida, la estadística arroja un índice muy alto de suicidios de ex combatientes: según estadísticas del Ministerio de Salud del año 2004, la tasa anual de suicidios en la Argentina es de 8,2 casos cada 100.000 habitantes. Si se considera que hay unos 14.000 sobrevivientes del conflicto bélico por la soberanía de las islas Malvinas (el censo que realizó el Ministerio del Interior habla de más de 25.000, pero esa cifra ha sido muy resistida entre los ex combatientes) y se toma como cierta la cantidad de 350 casos que manejan los propios veteranos, la tasa anual de suicidios en este segmento sería de 108,7 cada 100.000 habitantes; esto es, casi 14 veces más que entre el resto de la población.

> Sabíamos que llegada la oscuridad pasarían pocas horas hasta volver a recibir "la alerta gris", que indicaba posible ataque de artillería naval. Nuestros aviones no podían operar de noche, por lo que la flota enemiga podía cañonear, más o menos a voluntad, cuanto tiempo quería. Sólo cuando se pusieron en funcionamiento los Sofman de 155 milímetros, que tenían más alcance que los cañones navales ingleses, y cuando se adaptó el Exocet para ser disparado desde la costa, el enemigo espació levemente sus ataques (60).

El conocimiento de esos datos no solo puede actuar legitimando el relato ante otros pares, sino que además contribuye a configurar un verosímil de la guerra. Por momentos, Terzano parece fascinado ante la espectacularidad bélica y es la tecnología de guerra la que amplifica la sensación de irrealidad, como cuando habla del uso del visor infrarrojo que le permite observar en la oscuridad de la noche:

> (…) A través de ese aparato todo parecía todavía más irreal: el resplandor de las bengalas y de los estallidos se multiplicaba por centenares de veces, el campo de veía totalmente de día… pero de un color verde pálido. El ver todo así, nítido y verde en medio de la noche más cerrada, sin estar en absoluto acostumbrados al uso de estos equipos, acentuaba el clima de locura (70-71).

Las descripciones del entorno bélico responden a una mirada extrañada donde parecen desdibujarse constantemente los límites entre realidad y ficción. El narrador es quien mira, pero también quien es observado. Es testigo privilegiado y protagonista de un relato que parece alejarse por completo del mundo tal como lo había conocido hasta entonces para acercarse a una ficción cuasi cinematográfica. Para Terzano, la pantalla del televisor delimita dos guerras muy distintas: la que transmiten los medios masivos y su representación fuertemente condicionada por el discurso nacionalista y el clima triunfalista imperante en gran parte de la sociedad argentina durante aquellos días. Y esa otra guerra que él vive desde las islas en su materialidad más descarnada. Una bruma de ficcionalidad parece cubrir ambas representaciones de la experiencia bélica donde el gran relato de la nación se torna a su vez una novela de aventuras:

> Estamos dentro de un televisor, exactamente dentro de la imagen que hemos visto en los últimos quince días: no hay marchas, ni arengas, ni consignas, ni discursos, pero estamos en las Islas Malvinas (en las dos a la vez), somos parte de la Gran Imagen, de la Historia… Un aire de aventura que nos venía acompañando se acentúa, y también un cierto y ligero y tenue y oscuro aire de irrealidad (24).

Cuando narra la rendición de las tropas argentinas y el repliegue de su batallón hasta el *Town-Hall*, un edificio del pueblo en el que se habían alojado al llegar a las islas,

cuenta cómo el lugar se encuentra ahora todo sucio y desordenado. Sin embargo, en medio de los despojos y el caos generado por la violencia, la pantalla del cine que funcionaba en el lugar se encuentra intacta. El narrador retoma así la metáfora de la pantalla para acentuar la sensación de irrealidad inscripta en la experiencia bélica y la supervivencia de la ficción como relato posible:

> Eran aproximadamente las diez de la mañana del 14 de junio y allí, tirados boca arriba, gozando la irónica comodidad de no tener que preocuparnos porque nuestra ropa se ensuciara, vimos lo único que parecía haber permanecido igual desde nuestro primer contacto con aquel edificio: allí estaba, suspendida a tres metros de altura, como entonces, la pantalla de cine.
> Enrollada sobre sí misma como un caracol, blanca, lisa, intacta, había sobrevivido (125-126).

Hay una tensión permanente entre la voluntad del narrador que asume el mandato de contar su experiencia, como protagonista y como sobreviviente del poder bélico, y un referente que le resulta inaprensible. Terzano es consciente de la dificultad que supone organizar la experiencia caótica de la guerra en un relato que suene verosímil:

> Aquí estoy, con otros adolescentes, y si salgo de aquí, increíblemente, tendré que hablar primero de esto, de estas muertes de ahora y no de las nuestras… Espero vivir para decir esto y decir lo otro, y que todo suene real, como una música deformada turbulenta sincera orquestada por la muerte… (108-109).

En su narración, esas reflexiones se reconstruyen en el presente de la guerra, con los combates siendo. Esa emergencia del relato se ve interrumpida constantemente por la violencia bélica, como para recordarle todo el tiempo a quien está del otro lado que hay un cuerpo en peligro, el suyo, el que cuenta: “una, dos, tres explosiones cercanas hicieron volar el pensamiento, lo arrancaron del pasado y del futuro y lo regresaron a la mañana de 14 de junio que no reconocíamos” (109).

## A modo de conclusión

Podemos apreciar en el testimonio de Terzano la búsqueda de una forma que no solo escapa de algunos estereotipos impuestos por el corpus testimonial de Malvinas, como el apego al discurso nacionalista del que parece abjurar y la denuncia de las condiciones en que las tropas argentinas combatieron, sino también a muchas de las

convenciones del género, como la predominancia del registro de la oralidad. Por momentos el lenguaje se vuelve lírico, con una densidad poética y una representación fuertemente sensorial donde la guerra nos llega como un espectáculo desbordado:

> […] allí escuchábamos algunos golpes secos de las balas clavándose en la tierra, o el silbido agudísimo de los rebotes, y mientras estábamos a cubierto era más violento el impulso de seguir tirando, descargando sobre todo y sobre todos aquellas ráfagas rabiosas, y tirar, tirar infinitamente borrachos como estábamos de esa mezcla de terror y omnipotencia en la que interviene la maquinaria de nuestro cuerpo bañándonos de adrenalina, abriendo nuestras pupilas contra la noche y el sueño, y esa otra determinación, más misteriosa, que nos hace sentir dueños del universo mientras de nuestras manos salen aquellos pedazos de hierro al rojo capaces de atravesar a un hombre y seguir su camino hacia otro, matarlo, y aun entonces atravesar uno o dos o tres cuerpos más y seguir inalterado hasta agotarse y caer siendo el primer eslabón de esa cadena invisible y visible que surca el campo de batalla naciendo en nosotros, línea terrible que en su recorrido dibuja una de las más viejas razones de la guerra (99-100).

Hay una búsqueda constante por comprender el mundo que lo rodea, el de la guerra. Pero siempre con la consciencia de que, antes que la inteligibilidad de esa violencia, se impone la voluntad de un cuerpo amenazado que busca sobrevivir, justamente, para poder dar testimonio:

> Y pensé en la locura de quien unos minutos atrás me había preguntado, incluso, qué conclusiones había yo sacado "allí mismo", como si no comprendiera que, en aquella mañana y en todos aquellos días, yo no había sido el buen intelectual que conocía; yo no había sido aquel que puede especular y girar alrededor de mundos de ideas, porque yo no era inmortal, porque sentía frío y hambre y sueño, porque muchas bombas me habían caído demasiado cerca, porque más de una vez había dejado de sentir mis pies, adormecidos por la helada, porque, en fin, tenía un cuerpo que debía salvar a toda costa para después sí, sobre él y gracias a él (y a veces contra él), construir y reconstruir toda nuestra venerada y deforme y mágica cultura… (84-85).

Como una excepción dentro del corpus testimonial de Malvinas, la obra de Daniel Terzano se aleja de aquellos relatos más populares y canónicos que han tendido, en muchos casos, a configurar representaciones estereotipadas de los soldados que protagonizaron el conflicto bélico. Como si renegara de algunas de las convenciones del género testimonial, pero no del impulso de organizar en la narración la experiencia caótica de la guerra. Ni héroe ni víctima ni mártir de la patria, el narrador se aferra a su condición de sobreviviente que cuenta lo vivido. En su relato, esa pulsión de vida es también una pulsión estética.

## Bibliografía

Balza, Martín Antonio (coordinador). 1986. *Malvinas: relatos de soldados*. Buenos Aires: Biblioteca del suboficial, volumen 154.

Bustos, Dalmiro. 1982. *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas.* Ramos Americana.

Carballo, Pablo Marcos. 1983. *Dios y los halcones*. Buenos Aires: Editorial Abril.

Dobry, Hernán. 2012. *Los Rabinos de Malvinas*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Erasquin, Estela. 2008. *Héroes de película: el mito de los héroes en el cine argentino.* Buenos Aires: Biblos.

Escudero, Lucrecia. 1996. *Malvinas: el gran relato*. Barcelona: Gedisa.

Esteban, Edgardo. 2012. *Iluminados por el fuego. Malvinas: diario del regreso*. Buenos Aires: Biblos.

Galak, Oliver. 2006. "No cesan los suicidios de ex combatientes de Malvinas". *Diario La Nación*, 28 de febrero. Disponible en: http://www.lanacion.com.ar/784519-no-cesan-los-suicidios-de-ex-combatientes-de-malvinas.

Guber, Rosana. 2001. *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: FCE.

Kasanzew, Nicolás. 2012. *Malvinas a sangre y fuego*. Buenos Aires: Nicolás Kasanzew Editor.

Kohan, Martín. 1999. "El fin de una épica". *Punto de Vista*, número 64, Buenos Aires.

Kon, Daniel. 1984. *Los chicos de la guerra*. Buenos Aires: Círculo de Lectores.

Lorenz, Federico. 2006. *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires: EDHASA.

Nofal, Rossana. 2002. *La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990.* Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos.

Panero, Alicia. 2014. *Mujeres invisibles*. Buenos Aires: Bubok.

Ricoeur, Paul. 2004. *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: FCE.

Sarlo, Beatriz. 1994. "No olvidar la guerra de Malvinas. Sobre cine, literatura e historia". *Punto de Vista*, número 49, Buenos Aires.

———. 2005. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

Segade, María Lara. 2014. "La guerra en cuestión: relatos de Malvinas en la cultura argentina (1982-2012)". Tesis de doctorado en Letras. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.

Seineldín, Mohamed Alí. 1999. *Malvinas un sentimiento*. Buenos Aires: Sudamericana.

Terzano, Daniel. 1985. *5000 adioses a Puerto Argentino*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Túrolo, Carlos. 1982. *Así lucharon*. Buenos Aires: Sudamericana.

Vitullo, Julieta. 2012. *Islas imaginadas: la guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Buenos Aires: Corregidor.